

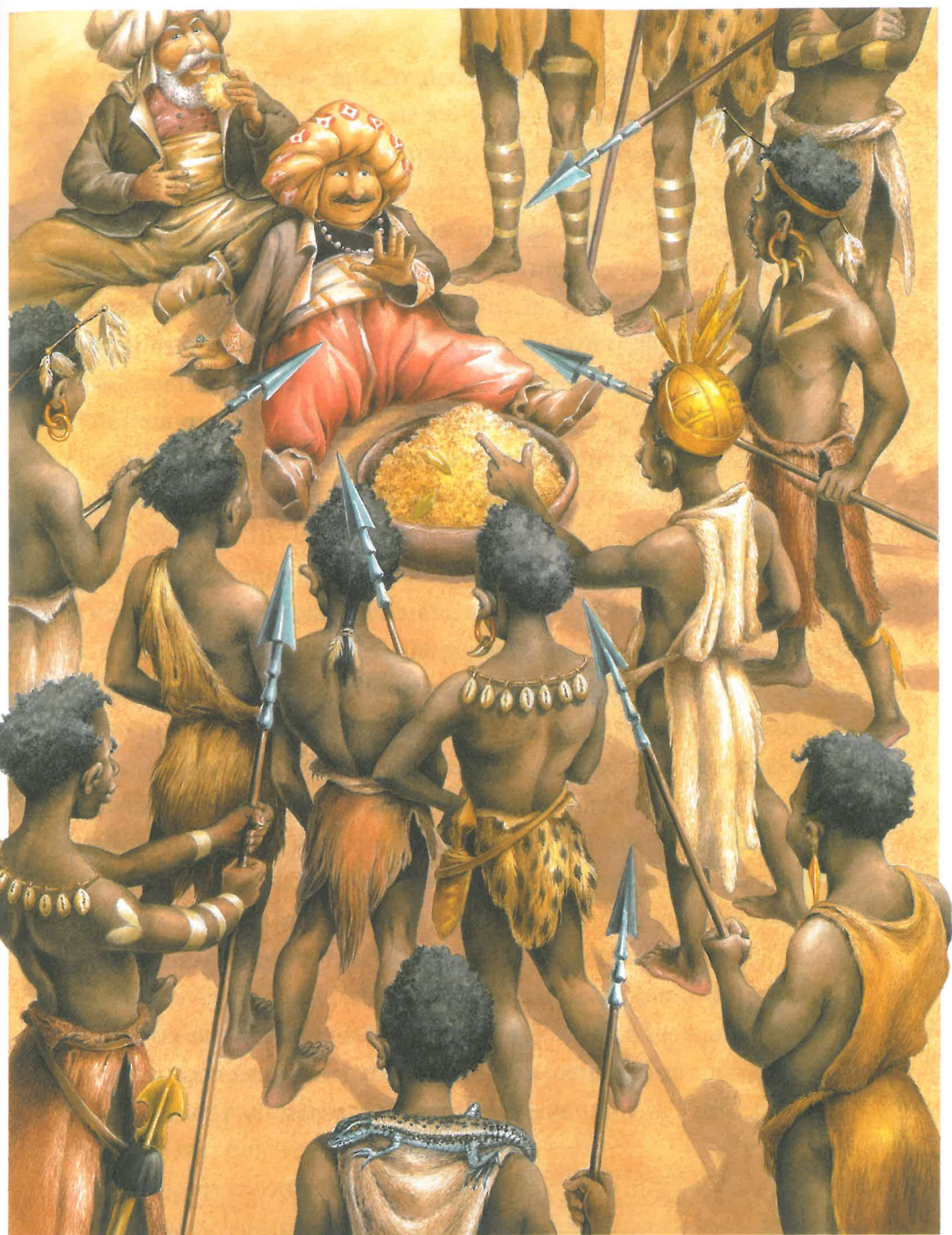
Cuarto viaje.

Enterrado en vida

A la vuelta de mi tercer viaje decidí que nunca más abandonaría mi ciudad, pues era mucho lo que había sufrido por esos mundos de Dios. Sin embargo, no pasaba un solo día sin que echara de menos las brisas del mar, así que solo tardé dos meses en despedirme de nuevo de mi esposa.

Lo mismo que en mis anteriores viajes, mi suerte no duró demasiado. El barco en que zarpé naufragó a causa de una tormenta y, de los cincuenta marineros que íbamos a bordo, solo doce logramos sobrevivir. La fortuna nos llevó hasta una playa en la que se levantaba un poblado de chozas de paja. Pensamos que allí nos podrían dar algo de comer, pero los hombres de piel negra que habitaban en el lugar no mostraron la menor emoción al vernos.

Cuando les dijimos que éramos náufragos, nos apuntaron con sus lanzas y comenzaron a charlar entre sí en una lengua extraña. Más tarde, salió de una de las chozas más grandes de la aldea un hombre alto y de aspecto arisco que vino hacia nosotros. Se trataba sin duda del jefe de la tribu, pues era la única persona del poblado que llevaba la cabeza cubierta. Por orden suya, un muchacho nos ofreció un gran cuenco de arroz regado con aceite de coco sobre el que mis compañeros se abalanzaron como desesperados, pues llevábamos varios días sin echarnos nada a la boca, y el aroma de la comida resultaba



irresistible. Yo, en cambio, tuve un mal presentimiento y me negué a probar el arroz.

—Estás loco —me dijeron mis compañeros—. ¿Piensas que encontrarás un alimento mejor por aquí?

Ciertamente, parecía una necedad rechazar el arroz, pero pronto descubrí que había hecho bien, pues al poco mis compañeros se convirtieron en una especie de bestias que hozaban¹ en la comida lo mismo que los puercos, gruñían en lugar de hablar y caminaban a cuatro patas como los animales. Entonces comprendí que aquellos indígenas habían envenenado el arroz para privarnos de razón. Pero, ¿con qué fin? ¿Acaso pretendían usarnos como bestias de carga? ¿O es que pensaban atarnos a una noria como burros?²

La respuesta a mis preguntas no se hizo esperar, pues al poco rato un anciano se llevó a mis compañeros golpeándolos con una vara, como hacen los pastores con sus ovejas. Comprendí que habíamos llegado a un pueblo de caníbales y que aquellos hombres pretendían darnos de comer hasta que engordáramos lo suficiente como para sacrificarnos. Como yo me había negado a probar el arroz, los caníbales me castigaron encerrándome en una choza vigilada por dos jóvenes, adonde cada día me llevaban un cuenco de arroz y otro de agua. Tras mucho pensarlo, me arriesgué a beber, pero me negué en redondo a probar la comida, pues prefería morirme de hambre antes que servir de manjar en un banquete.

El resultado fue que adelgacé mucho en muy pocos días, por lo que los indígenas cada vez se mostraron menos interesados por mí. Convertido en un saco de huesos, no debía de re-

1 **hozar**: mover la tierra o la comida con el morro.

2 La **noria** es una máquina que permite sacar agua de un pozo. Para que funcione, se hace caminar a uno o varios animales alrededor de un eje.

sultar muy apetitoso, así que los guardianes relajaron su vigilancia. Un día en que se descuidaron, saqué fuerzas de flaqueza y escapé a todo correr en dirección a la playa. Una vez allí, dudé sobre qué camino tomar, pero de pronto descubrí a un hombre sentado sobre una roca que me hacía señales con la mano. Era el pastor de rebaños humanos que cuidaba de mis compañeros.

—¡Corre hacia la derecha! —me dijo en mi propia lengua—. ¡Allí encontrarás un camino que te llevará a buen puerto!

Ni por un momento pensé que pudiera tratarse de una trampa, pero, por fortuna, pronto descubrí la buena fe de aquel hombre, pues el camino que me había indicado llevaba lejos del poblado de los caníbales. Temeroso de que los salvajes me persiguieran, caminé sin parar durante varios días, alimentándome con hierbas y bebiendo agua de los charcos, hasta que una mañana vi a lo lejos a un grupo de labradores que trabajaban la tierra. Al principio, me asusté mucho porque pensé que eran caníbales, y eché a correr lleno de espanto, pero las fuerzas me fallaron y caí rodando por el suelo. Entonces los campesinos vinieron hacia mí, y uno de ellos me dijo en árabe:

—Cálmate, amigo, has llegado a un pueblo de gente de bien. Dinos, ¿quién eres?

Yo le hablé de mi naufragio y le conté que mis compañeros iban a servir de comida a unos caníbales, a lo que el campesino me respondió que debía agradecer mi suerte, pues era la primera persona que había logrado escapar con vida de los salvajes que vivían al otro lado de la isla.

—Ven con nosotros —me dijo luego.

Al poco rato conocí la ciudad de aquellos amables campesinos, quienes me presentaron ante su rey. Se trataba de un

hombre hospitalario y generoso que me dio la bienvenida a su tierra con todo tipo de honores y que me ofreció alojamiento en una gran mansión.

—En adelante —me dijo—, considérate como uno de los nuestros.

Desde el mismo día de mi llegada, el rey me tomó tanto aprecio que decidió invitarme a las tertulias que celebraba a diario en su palacio, y durante las cuales me pedía a menudo que le contase cosas de Bagdad. Un día le expliqué que en mi tierra existía la costumbre de afeitarles la cabeza a los recién nacidos, depositar su pelo en el platillo de una balanza y darles el peso del cabello en oro a los pobres de la ciudad.

—Ciertamente —dijo el rey—, las costumbres de los hombres son de lo más variadas.

—Tenéis razón —le respondí—. A mí, por ejemplo, me ha llamado mucho la atención que aquí montéis los caballos a pelo.

El rey me miró muy extrañado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Pues que me asombra que no uséis sillas de montar.

—¿Sillas de montar?

Era evidente que mi amigo jamás había visto una, así que le expliqué con detalle en qué consistía.

—Es un gran invento —me dijo.

—Desde luego que lo es —le respondí—. Si queréis, puedo fabricaros una silla de montar para que comprobéis lo cómodo que resulta cabalgar con ella.

Como le pareció una buena idea, aquella misma tarde me encerré en la carpintería del palacio para tallar una silla, que luego revestí de cuero y decoré con adornos de oro. Cuando se la enseñé al rey, decidió probarla al instante colocándola en la

grupa de su mejor corcel, y durante todo un día cabalgó sin darse tregua por los jardines de su hermoso palacio. Desde entonces, el rey se mostró tan satisfecho de albergarme en su ciudad que multiplicó por cien las atenciones que ya me dispensaba, y comenzó a repetirme a todas horas que nunca en su vida había tenido un amigo mejor que yo.

—A decir verdad —me confesó un buen día—, te he cobrado tanto afecto que me gustaría casarte con alguien de mi reino, para que te quedes con nosotros para siempre.

A mí la idea de casarme y de instalarme para siempre en aquel país no me hacía ninguna gracia, pero el rey ya lo tenía todo planeado, pues me dijo que conocía a una muchacha muy bella y de buena familia que sería una esposa perfecta para mí.





—Tiene una gran fortuna —concluyó—, y, si aceptas casarte con ella, os acondicionaría un ala de mi palacio para que vinierais a vivir conmigo.

Yo estaba tan confundido que no sabía qué responder.

—¿Es que no te gusta mi propuesta? —me dijo el rey algo molesto.

—Claro que sí —le contesté con una sonrisa—. Lo que ocurre es que no me la esperaba.

—Entonces, ¿aceptas o no aceptas?

Como podéis imaginaros, en aquel instante me pasaron muchas cosas por la cabeza, pero sobre todo pensé en mi querida esposa, que seguía esperándome en Bagdad. Mi mayor deseo era volver junto a ella, pero temía defraudar a aquel rey que tanto me había ayudado, así que acabé diciendo lo contrario de lo que mi corazón ansiaba:

—Si Su Excelencia cree que debo casarme —respondí—, lo haré sin dudar.

Aquella misma tarde, el rey me presentó a la joven de la que me había hablado, y a las cuatro o cinco horas ya me había casado con ella.³ Era una mujer bella como la luna, rica como los mercaderes del oro y más prudente de lo que había supuesto, de modo que no tardé en enamorarme de ella. Además, el rey nos proporcionó una vida tan regalada⁴ en su palacio que durante algún tiempo me sentí el hombre más feliz de la tierra. Solo de vez en cuando me asaltaba la nostalgia de mi país y de mi primera esposa, pero siempre me consolaba pensando que no tenía derecho a quejarme de mi plácida vida.

Claro que mi alegría se desvaneció cuando menos lo esperaba. A los tres meses de mi boda, uno de los amigos que había hecho en la ciudad enviudó de pronto. Cuando acudí a su casa para darle el pésame, el pobre hombre se encontraba tan abatido que resultaba imposible consolarlo.

—A fin de cuentas —le dije—, es ley de vida. Ánimo, enjúgate las lágrimas y sal a la calle, y ya verás como tarde o temprano darás con otra mujer que te haga feliz.

—¿Otra mujer? —respondió mi amigo entre sollozos—. Pero, ¿cómo voy a encontrar a otra mujer cuando sólo me queda un día de vida?

—Vamos, vamos, no seas tan agorero⁵ —le dije yo—. Eres joven y tienes buena salud, así que aún te quedan muchos años por vivir. Lo único que tienes que hacer es...

3 Simbad no viola ninguna ley al casarse por segunda vez, pues los musulmanes admiten que los hombres sean polígamos, es decir, que tengan varias esposas.

4 **regalada**: agradable, llena de comodidades.

5 **agorero**: el que cree que van a ocurrir desgracias.

Mi amigo levantó la cabeza y me interrumpió:

—Pero, ¿entonces es que no lo sabes...?

Yo no entendía nada.

—¿Qué es lo que debo saber? —dije.

—¿No sabes que a partir de mañana no volverás a verme nunca más?

—¿Por qué no? No veo ninguna razón para que no sigamos siendo amigos.

—¡Lo que quiero decirte es que mañana me enterrarán junto a mi esposa!

Me quedé de piedra.

—¡No digas tonterías! —exclamé—. ¿Quién va a querer enterrarte junto a un difunto?

—Verás, Simbad —me explicó mi amigo—: en esta ciudad, cuando se muere una persona casada, al cónyuge⁶ que queda viudo lo entierran junto al difunto para que no pueda seguir disfrutando de la vida a solas.⁷

Sentí que el mundo se me derrumbaba encima.

—¡Qué crueldad! —dije, aterrado—. Pero, ¡eso es absurdo!

—Es absurdo, sí, pero así son las cosas y no van a cambiar.

De modo que al día siguiente mi amigo fue enterrado en vida sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo. El suceso me trastornó de tal modo que permanecí una semana en cama, con la cabeza llena de amargos pensamientos. Cuando conseguí recuperarme, fui a hablar con el rey y le reproché aquella costumbre de enterrar a los vivos con los muertos.

6 **cónyuge**: persona que está casada con otra.

7 Para que los muertos tuvieran compañía en el más allá, muchos pueblos antiguos de todo el mundo enterraban con vida, quemaban u obligaban al suicidio a la esposa de los difuntos, e incluso a sus criados. Más raro era que el viudo fuese sacrificado junto a su mujer.

—Siempre ha sido así y no hay razón para que las cosas cambien —me respondió el rey algo irritado—. Cada nación tiene sus tradiciones y es lógico respetarlas. En tu país todo el mundo usa sillas de montar, y aquí enterramos en vida a los viudos cuando sus cónyuges fallecen.

Entonces pregunté lo que más me preocupaba:

—Y esa ley —dije—, ¿afecta también a los extranjeros?

Mientras esperaba la respuesta, sentí que el corazón se me encogía de espanto.

—Por supuesto —contestó el rey.

Desde aquel día no pude dejar de pensar que, si mi mujer moría antes que yo, me enterrarían vivo junto a ella. Obsesionado con aquella idea, dejé de comer y de hablar con la gente, y empecé a tener unas horribles pesadillas todas las noches. La menor indisposición de mi esposa me dejaba con el alma en vilo, pues siempre temía que fuera el primer síntoma de un mal de gravedad. Sólo con el tiempo logré tranquilizarme. «A fin de cuentas», me dije, «quizá tenga la suerte de morir yo antes que ella».

Sin embargo, el viento de la fortuna no quiso soplar a mi favor. Una mañana, a la vuelta de un paseo, mi mujer se desmayó cuando entraba en palacio, y antes de una semana la vi morir en mis brazos. Al dolor de perderla se sumó entonces el terror de saber que me iban a enterrar con vida. Como no me resignaba a acabar mis días de una forma tan horrenda, en la mañana del funeral los criados del rey me tuvieron que sacar a rastras de mi cuarto. Para entonces, ya habían adornado a mi esposa con sus mejores joyas y la habían metido en su ataúd, que sacaron en hombros del palacio para llevarlo hasta una montaña próxima. Había allí una fosa de grandes dimensiones donde eran enterrados todos los muertos de la ciudad, y

en ella depositaron el ataúd de mi mujer con ayuda de unas cuerdas. Cuando el rey me vio llorar frente a la fosa, me echó un brazo por encima del hombro y me dijo:

—No te preocupes, Simbad, tu esposa y tú permaneceréis juntos por toda la eternidad.

Yo le respondí con un grito:

—Pero ¡yo quiero vivir! ¡Si no me enterráis, os prometo que seré vuestro esclavo!

—No puede ser, Simbad —me dijo el rey.

—¡Aún soy joven! —insistí—. ¡Puedo hacer muchas cosas por vuestro pueblo!

Pero el rey ni siquiera me escuchó.

—La ley es la ley —fue todo lo que dijo, y enseguida ordenó que me rodearan el pecho con una cuerda y me bajasen poco a poco hasta el fondo de la fosa.

—¡Os lo ruego! —repetí una y otra vez, pero nadie atendió a mis súplicas.

Un esclavo del rey me entregó entonces un pequeño barril con agua y un saquito con unos cuantos mendrugos de pan para que pudiera sobrevivir bajo tierra durante algunos días, en los que debía llorar sin descanso la muerte de mi mujer. Luego, me bajaron hasta el fondo de la fosa, que quedó cerrada bajo una pesada piedra.

—¡No me dejéis aquí! —seguí gritando cuando ya todos debían de haber regresado a la ciudad—. ¡Tened piedad, os lo ruego! ¡No me dejéis aquí!

Allí abajo reinaba el mayor silencio que podáis imaginar, así como una oscuridad completa y un olor nauseabundo⁸ que se desprendía de los cuerpos en descomposición. Pensando en

8 **nauseabundo**: asqueroso, repugnante.

el triste final que me esperaba, me llevé las manos a la cabeza y comencé a hacerme reproches. «¡Qué necio has sido, Simbad!», me decía. «¿Quién te mandaba salir de Bagdad y casarte en esta tierra de bárbaros? ¡Ahora solo te queda llorar! ¡Llora, pues, por lo necio que eres y por lo que ya nunca vas a volver a ver!». Pero, al cabo, la esperanza de seguir con vida pudo más que el temor de morir. Recordé que Alá nunca abandona a quienes mantienen su fe a pesar de las desgracias, así que me dije que, tarde o temprano, encontraría un modo de escapar de aquella fosa. Para empezar, decidí racionarme⁹ el pan y el agua a fin de que me durasen lo más posible, y de ese modo logré sobrevivir durante diez o doce días.

Cuando se acabaron mis provisiones, sin embargo, perdí de nuevo la esperanza y me eché a llorar como un niño. Pensaba que me había llegado la hora de la muerte, pero justo el día en que me comí el último mendrugo de pan oí gritos afuera y, de pronto, abrieron la fosa.

—¡No me metáis ahí, por piedad! —oí que decía una voz de mujer—. ¿Es que no veis que estoy viva? ¡No me enterréis, os lo ruego!

Comprendí que iban a dar sepultura a un nuevo cadáver, y que era la esposa del difunto quien gritaba suplicando que no la enterrasen junto a su marido. «Si me ven con vida me matarán», pensé entonces, así que me escondí en un rincón adonde no llegaba la luz del sol, y desde allí vi cómo bajaban al muerto y a su viuda, que no cesaba de pedir clemencia. La pobre estaba tan desesperada que, cuando vio que tapaban con una piedra la boca de la fosa, lanzó un grito desgarrador y cayó muerta al suelo.

9 **racionar**: controlar mucho el consumo de una cosa.

Tras unos momentos de horror que me dejaron paralizado, al fin hice de tripas corazón y me acerqué a la mujer para arrebatárle los mendrugos de pan y el cazo de agua que le habían proporcionado. A fin de cuentas, a ella ya no le iban a servir de nada, mientras que a mí podían garantizarme la supervivencia durante algunos días más.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que volviera a quedarme sin víveres y a perder una vez más toda esperanza. «Despídete de la vida, Simbad», me dije entonces con los ojos arrasados de lágrimas. Pero, justo cuando decía adiós a todo, oí en algún lugar de la fosa unos pasos que acabarían por devolverme la fe en mi propio destino.

«Es la muerte, que viene a buscarme», pensé en un primer momento. No obstante, pronto comprendí que lo que oía eran los pasos de un animal que hurgaba en los cadáveres en busca de comida. Aterrado, levanté en alto el hueso de un difunto para golpear a aquella fiera si se atrevía a atacarme, pero el animal se asustó al notar mi presencia, y se marchó corriendo por donde había venido. A través de la oscuridad, empecé a perseguirlo por puro instinto, guiándome tan solo por el rumor de sus pasos, y tras mucho correr llegué a un recodo desde el que se veía a lo lejos un hilillo de luz.

¿Cómo podría explicaros lo que sentí en aquel instante? Fue como si las puertas del cielo se abrieran ante mí de par en par. Con el corazón lleno de esperanza, corrí sin descanso hacia la brecha de luz, que cada vez se fue haciendo más y más grande y, cuando por fin llegué frente a ella, mis ojos vieron de nuevo el azul intenso del mar.

Resultó que el agujero de mi salvación se encontraba en la pared de un acantilado, hasta el que trepaban los animales para entrar en la fosa y alimentarse con la carne de los cadá-



veres. Como no había forma de bajar de allí, durante varios días permanecí al pie de aquella pared rocosa alimentándome de musgo y hierbas silvestres y ansiando que alguien me viese desde el mar y acudiera a rescatarme. Por fortuna, llegó un día en que el capitán de un barco avistó mis señales de socorro y envió una chalupa¹⁰ para sacarme del acantilado. Una vez a bordo, le conté que acababa de llegar a la costa después de naufragar en alta mar, pues temía que el capitán me delatase¹¹ si le contaba la verdad. Cuando subí al barco, llevaba conmigo un fardo lleno de joyas que les había arrebatado a los cadáveres de la fosa, pensando que a ellos no les servirían de nada mientras que a mí me podrían ser muy útiles en mi propósito de viajar hacia Bagdad. En recompensa por haberme rescatado, le ofrecí aquellas joyas al capitán, pero el buen hombre no quiso aceptarlas, por lo que volví a casa más rico que nunca.

El día de mi llegada, me crucé con un buen amigo que se alegró mucho de verme. Me preguntó dónde había estado, y, al poco de empezar a relatarle mi historia, me interrumpió para decirme:

—A juzgar por tu aspecto, cualquiera diría que acabas de volver a la vida después de recorrer las entrañas del infierno.

Yo pensé por un momento en aquellas palabras, y al fin respondí con alivio:

—Eso es justo lo que me ha pasado.

¹⁰ **chalupa**: barco pequeño de vela.

¹¹ **delatar**: decir que alguien ha cometido un delito.